







Apocalipsis

Karl Kraus

Traducción y prólogo de
Natalia I. Vidal

Ediciones Godot
Colección Exhumaciones

Kraus, Karl Apocalipsis. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2015. 96 p. ; 20x13 cm. ISBN 978-987-1489-89-3 1. Filosofía. I. Título CDD 190

Apocalipsis

Karl Kraus

Corrección

Gimena Riveros

Traducción

Natalia I. Vidal

Foto de tapa

Víctor Malumíán

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumíán

Ilustración de Karl Kraus

Juan Pablo Martínez

www.martinezilustracion.com.ar

arte.pablomartinez@gmail.com

Ediciones Godot

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Buenos Aires, Argentina, 2014

Impreso en Color Efe

Impreso en octubre de 2014, Paso 192, Avellaneda,

Buenos Aires, República Argentina

“Sea mi humillación ejemplar, no mi obra”

Karl Kraus, el héroe por coacción.

por **Natalia I. Vidal**

La presente antología ofrece un recorrido inédito por textos de valor fundamental en la biografía de Karl Kraus y su revista *Die Fackel*. Se trata de la nota editorial inaugural del primer número en abril de 1899, traducción subida originalmente a la página de *Rayando los Confines* en 2004, “Apocalipsis”, ensayo emblemático de Kraus de 1908 con motivo de los primeros diez años de la publicación, escrito y publicado un poco antes; “Después de veinte años”, de 1919, y “Treinta años después”, de 1929. “En esta pequeña época”, de 1924 y el artículo inédito de Paul Scheerbart, “El nuevo instrumento bélico”, publicado en la revista expresionista berlinesa *Der Sturm* en 1910, componen el anexo de la presente edición.

Cada ensayo demarca una etapa en la publicación de *Die Fackel* y la tarea de Karl Kraus, expresada por sí mismo. Para quien se asome por primera vez a la prosa de Karl Kraus, la lectura no solo será sorpren-

dente sino también trabajosa, concentrada, reflexiva. Quien ya se encuentre “hechizado” por este autor podrá deleitarse un poco más con la asombrosa contemporaneidad subyacente en sus escritos, que nos lo acerca en derrotas y males de la posmodernidad y en la que nos vemos reflejados una vez más pese a la distancia, el espacio y los cambios de siglo.

“En esta pequeña época”, de 1924, es la continuación del ensayo escrito en 1914, “En esta gran época”, traducido por José Luis Arántegui en *Escritos*, la hermosa antología de la colección La balsa de Medusa de Visor.

El ensayo de Paul Scheerbarth, un autor que lamentablemente no ha sido lo suficientemente traducido y apreciado en el mundo de habla hispana, se propone aquí reforzando algunos aspectos trabajados por Kraus en “Apocalipsis”. La mirada crítico-apocalíptica y mística sobre el presente entra en consonancia con la mirada crítico-utópica scheerbartiana, dirigida al futuro y al pacifismo. Ambos textos han sido inspirados por elementos y noticias del acontecer diario -el invento del conde Zeppelin es uno de ellos-, el desarrollo de la técnica, la fuerte presencia del militarismo en la vida cotidiana, el clima de la política interna, las rivalidades y las anecciones imperiales, y todos los signos y hechos conflictivos que llevarían al continente europeo a la Primera Guerra Mundial. Así, entre las desgracias y las carencias de la tierra, el consuelo en el arte, la sala de conciertos, el teatro y las iglesias, Kraus y Scheerbarth se sienten tempranamente amenazados por la usurpación técnica del cielo, destinada a exterminar lo humano, su obra y la naturaleza en proporciones masivas. Ambas miradas, tempranamente actuales en su pasado, se nos ofrecen ineludiblemente signadas

por la videncia, pues lo que anticipaban negativamente, a nuestro pesar, efectivamente ocurrió.

Die Fackel lanza su primer número en 1899, una etapa signada por álgidos conflictos anexionistas y revueltas por las identidades nacionales en los territorios del Imperio Austrohúngaro. Su editor, Karl Kraus, era el hijo cultivado de un fabricante de papel que tenía tres sucursales dentro de los territorios agrupados por los Habsburgo. A Kraus no le faltó papel, le faltó un lugar a su medida. Provenía de una familia judía “asimilada”, en aquel entonces la palabra “integración” no estaba en uso, no formaba parte de la agenda política, en la práctica era un asunto de asimilación en la coyuntura económica, y de allí, validada en la estructura social. Había nacido un 28 de abril de 1874 en uno de los territorios pertenecientes a la corona. Cuando abandonó la carrera de abogacía y se dedicó al estudio de la filosofía y la germanística, ya sabía que derrochar papel no era su objetivo, sino que su misión consistía en evitarlo. No, papel no le faltó, sino ese lugar a su medida, y lo inventó. Se llamó *Die Fackel* y sobrevivió la caída del imperio, atravesó la Viena roja y finalizó 36 años después, teniendo que presenciar el *Austrofascismo* de Dollfuss, con su propia muerte.¹ *Die Fackel*, su revista, su escenario, su teatro, su escritorio, sus noches y sus días, la sala de conferen-

1. No me gusta reeditar lo que ya escribí. Invito al lector a ingresar a la página del blog La coctelera, El Quicio de la Mancebía, en la que se encuentran agrupados diversos perfiles de Karl Kraus y *Die Fackel*, entre ellos el que escribí en 2004. <http://elquiciodelamancebia.lacoctelera.net/post/2011/05/02/karl-kraus-austria-1874-1936>. También el ensayo de Pablo Soler Frost: http://www.aforismos-karl-kraus.org/14_ensayopsf.html.

cias a la que solo entró para hablar él.

El productivo fin de siglo vienés propició también, como contrapartida, el nacimiento del Sionismo, el crecimiento de la prensa liberal, los círculos eruditos de intelectuales, músicos, escritores, artistas, arquitectos y científicos, todos ellos, a favor o en contra del imperio, pero apuntalados por el adormilamiento pomposo que caracterizó el mito de la corona habsbúrgica y sus ceremoniales envejecidos al ritmo del vals. Fue marco de la tarea de un Freud, de un Weininger, de un Loos, de un Berg, de un Schiele, de un Altenberg, de un Roth y de un Kraus, entre muchísimos otros, interconectados de manera directa e indirecta, sitiados en Viena como epicentro de un imperio que ignoró desde un principio que le fuera posible un final. En este contexto, entonces, tuvo lugar la salida del primer ejemplar de *Die Fackel*, llamado por su editor “cuaderno”, referido por nosotros como una revista, y valorado el día de hoy como una obra literaria producida a lo largo de 36 años.

La primera aparición de la revista recortó un mapa de agudos malestares a los que se propuso hacerles frente, sea, por sobre todas las cosas, la inmadurez intelectual como producto de la dudosa madurez cultural de la primacía de habla germana, la prensa liberal y los periodistas, una importante presencia dentro de este entramado. La luz de *Die Fackel* o *La Antorcha* ingresó a la vida pública como doble demoníaco de la época, o martillo nietzscheano, ejerciendo una crítica despiadada que iluminó “asesinando”, destruyendo lo que traía el día, y “repartiendo culpas de manera equitativa”, si es posible tomar al pie de la letra semejante aspiración.

En 1908 el Imperio Austrohúngaro anexionó Bosnia-Herzegovina, y casi diez años después

del primer número editorial, la crítica a la madurez cultural se desplazó ubicando a la técnica en contra de la humanidad y de la naturaleza. Kraus no consideró a los periodistas mejores estetas que los políticos, y escuchó el pedido de auxilio de la lengua, atrapada en la prensa diaria de su época, forzada a disfrazar la realidad de manera precaria y servil. En “Apocalipsis”, el ensayo con motivo de los primeros diez años de *Die Fackel*, plagado de juegos de profecías y asociaciones con los diez cuernos de la bestia, el Dragón sobrevuela Viena y el artista, el escritor comprometido, no el “esteta”, escribe un Réquiem anticipado al tiempo histórico, mientras el Apocalipsis amenaza cernirse sobre la tierra, como una visita esperada, como un fantasma, como un diluvio, como un gran final.

El Apocalipsis se convertirá en la Primera Guerra Mundial, la percepción de una destrucción planetaria, y el fin del Imperio Austrohúngaro. Veinte años después, en los albores de la Viena roja, escribe Kraus: “Aunque no fallé en el sentido de las proporciones, me equivoqué en el orden de sucesión. Le canté la canción funeral a la época antes de que se muera”. La sombra de su nombre se escapa junto al reino de las sombras, dice, y confirma: “mi palabra ha sobrevivido al Imperio Austro-Húngaro”.

¿Pero quién es él, que incluso treinta años después se roba el sentido de la idea de “vanidad” para re-semantizarlo? En la lectura pública número 500 de 1929, portando la máscara del “engreído”, recurre a la polifonía planetaria de un *yo* que cambia permanentemente a la tercera persona; y habla de ellos, de ustedes, del conjunto de todos ellos, todos menos yo, “el artista, el bufón” versus “los ciudadanos”. Aquí ya no habla de “público” o de “lectores”.

El conjunto de todos ellos y ustedes es también la audiencia, rara vez mencionada por Kraus en sus ensayos, que asiste a todas las lecturas públicas, conoce todas las obras y todas las citas, que se ríe a mandíbula suelta al comienzo de una oración—porque ya sabe lo que vendrá— y continúa riendo hacia el final.²

Esta autoconstrucción de la “vanidad” no es antojadiza, sino necesaria. Pocos intelectuales han puesto “en tela de juicio al mundo intelectual” con una cuota de exhibicionismo, sobreexposición de sí mismo, dramatismo y sin duda talento como Karl Kraus, una brillante observación de Bourdieu, confirmada en la presente selección de ensayos y lecturas públicas. Bourdieu apela a la “paradoja de la objetivación” como una de las técnicas krausianas que le permite desenmascarar el poder y el abuso del poder, técnica que utiliza contra la dominación simbólica de la violencia ejercida sobre las mentes y que tiene como contrapartida esta sobreexposición de sí mismo, en la que Kraus se ofrece como prueba de un compromiso con la realidad. La dominación simbólica corresponde a la “opinión pública”, en la que se ven involucrados periodistas, lectores y, en palabras de Benjamin, “la actitud del irresponsable, del desinformado”. En este juego de engranajes, la autoconfirmación krausiana de la “vanidad” (ya que Kraus desiste de la palabra “arrogancia”) se convierte en la respuesta a la difamación que regresa punzante como resistencia de un exterior que se niega a ser objetivado.

En los ensayos que componen esta antología, el espíritu de la época es presentado desde sus pro-

2. Ver Canetti, Elías, 1982: *Die Fackel im Ohr. Lebensgeschichte 1921-1931*, Frankfurt am Main: Fischer.

tagonistas (prensa, periodistas, políticos, individuos de la vida pública, lectores, críticos, ciudadanos), que son objetivo principal de los ataques krausianos, sus contestaciones, su defensa. Ellos cambian a veces, o permanecen en función de su persistencia en el escenario metropolitano, el espíritu de la época no. Para Kraus el espíritu de la época solo se prolonga envileciéndose, agotándose tal como nuestro eterno presente se prolonga a razón de la permanente actualización que maquilla sus carencias. La época anti-krausiana es sorda, ciega y estético-periodístico parlante. No tiene cura, y Kraus intenta despertarla violentamente de su estupor: para la sordera, la lectura pública, para la ceguera, la capacidad de leer hasta el final párrafos desbordantes de comas, reconocer la fuente de todas las citas y comprender todas las alusiones. La cultura de su modernidad está en contra de lo humanidad y de la naturaleza, a las que Kraus reconoce temprana y visionariamente en peligro inminente. La suya es apenas el “rincón de una vida”, ubicada en un escritorio que “no se cambia de lugar”, es la que se impone queriendo abarcar la realidad con una mirada panóptica. Cada diez años anticipa el final de su voz, de *Die Fackel*, y se despide, se despide anticipando su confiscación, su censura, o por sentirla foco de demasiada atención y demasiada crítica, o por reconocerla ignorada y, por lo tanto, silenciada.

El héroe por coacción carece de talento, el talento innato es privilegio de los estetas, dice irónicamente; el héroe por coacción no puede ser demoníaco, sostiene angustiado que la época es peor; el héroe por coacción no puede ser un vengador, argumenta que el espíritu de la época no alcanza para originarlo, por lo tanto, tampoco para castigarlo.

“Sea mi humillación ejemplar, no mi obra”, dice quien se reconoce engreído por haberse apropiado del concepto de vanidad y haberle cambiado el valor.

La victoria de este héroe contradictorio, inaprehensible, “artista de máscaras”, no es la de haber sobrevivido al Imperio Austrohúngaro, sino esa trascendencia y esa familiaridad que nos mueve a recuperarlo una y otra vez para reflexionar sobre nuestro eterno presente con la medida de su lupa.

¿Llegará tal vez el día en que Karl Kraus pierda sentido contemporáneo, llegará el día de su verdadero triunfo, llegará el día en que, muy agradecidos por el servicio, le concedamos un lugar en el catálogo de los mitos, más allá de la lengua, del espíritu de la época, de las prédicas, las utopías, la moral, los dogmas y los rostros de Dios?

Narcisista puede ser el que es bello, dice Kraus, bello es también quien se compró “un espejo de buena calidad”; aquí el engreído es un ser que se siente humillado. El hombre y su obra, indivisibles, proféticas, irradianes.

Entonces, el día de su verdadero triunfo, ¿la humanidad estará salvada?

Me despido con una sonrisa.

Les deseo a los lectores una lectura amena y creativa, y agradezco a los editores el haberse interesado tanto en llevar adelante este proyecto.

Natalia I. Vidal

Berlín, 9 de abril de 2014

Sobre Karl Kraus y el periodismo¹

Por Pierre Bourdieu

Karl Kraus hizo algo bastante heroico: poner en tela de juicio al mundo intelectual. Hay intelectuales que ponen en tela de juicio el mundo, pero hay muy pocos que ponen en tela de juicio el mundo intelectual; lo que se comprende si se considera que, paradójicamente, es más arriesgado porque es ahí donde se encuentran nuestros retos y los demás lo saben, y se apresurarán a recordarlo en la primera ocasión, volviendo contra nosotros nuestros propios instrumentos de objetivación.

Además, eso nos conduce entonces a ponernos en escena, como lo vemos en los *happenings* de Kraus, donde uno se pone en juego personalmente. Teatralizar su acción, como hacía Kraus, dramatizar su pensamiento, ponerlo en acto y en acción como

1. Bourdieu, P. (trad. García, D.): "Sobre Karl Kraus y el periodismo", en: *Actes de la recherche en sciences sociales*, N. 131-132, marzo 2000: pp.123-126.

un actor, es algo totalmente distinto a escribir un artículo culto (o científico), enunciando *in abstracto* cosas abstractas. Eso implica una forma de coraje físico, a lo mejor un cierto exhibicionismo, y también el talento y las disposiciones que no están inscritas en el habitus académico. Pero también implica tomar riesgos, porque cuando uno se mete en el juego a ese punto, no se compromete simplemente en el sentido sartreano (y banal) del término, es decir en el campo de la política, de las ideas políticas; uno se compromete a sí mismo, uno se da a sí mismo como prueba, con toda su persona, sus propiedades personales, y uno debe atenerse a choques de regreso. No se hacen exposiciones como en la universidad. Uno se “expone”, que es algo completamente diferente: los universitarios exponen mucho en los coloquios... pero no se exponen mucho. Uno debe esperar ataques llamados personales, porque atacan a la persona (¿no se acusó a Kraus de antisemitismo?), a los ataques *ad hominem*, cuyo objetivo es destruir en su principio, es decir, en su integridad, su veracidad, su virtud, a quien por medio de sus intervenciones se instituye en reproche vivo, irreprochable él mismo.

¿Qué hizo Kraus tan terrible para suscitar semejante furor (todos los periódicos se dieron los medios para silenciar su nombre, cosa que no lo puso a salvo, lo dije, de la difamación)? Me parece que una frase que resume sus ideas puede resumir lo esencial de su pensamiento: “Y aun si no hice otra cosa, cada día, que recopilar y transcribir textualmente lo que dicen y hacen, me llaman detractor”. Esta magnífica fórmula enuncia, si lo podemos llamar así, la “paradoja de la objetivación”: ¿qué es ver desde afuera, como un objeto, o, según los términos

de Durkheim, “como cosas”, las cosas de la vida, y más precisamente, de la vida intelectual, de la cual formamos parte, en la cual participamos, rompiendo el lazo de complicidad tácito que tenemos con ellas, y suscitando la revuelta de las personas así objetivizadas, y de todos los que se reconozcan en ellas? ¿Qué es esta operación que consiste en hacer visible lo invisible ya visto y hacer aparecer como escandalosas las cosas que vemos y leemos todos los días en los periódicos? (Es en cierta medida lo que tratamos de hacer en *Actes de la recherche en sciences sociales*, que tiene ciertos aspectos en común con *Die Fackel*: por el hecho de pegar un documento, una foto, el extracto de un artículo, en un texto de análisis, cambiamos completamente el estatus del texto y del documento; eso por lo cual hacíamos una lectura distraída, puede aparecer repentinamente como sorprendente, escandaloso incluso. Todas las semanas vemos editoriales pretenciosas; para ser verdaderamente krausianos, habría que mencionar los nombres propios; después, un buen día, recortamos uno de ellos y lo pegamos en una revista, y todo el mundo lo encuentra insoportable, insultante, injurioso, calumnioso, terrorista, etc.). Imprimir y dar a conocer, públicamente, lo que no se dice ordinariamente, solo en el chisme, o en la murmuración inverificable, como los pequeños silencios (*petits riens*) de la vida universitaria, editorial o periodística, a la vez conocidos y censurados, declarándose personalmente fiador y responsable de su autenticidad, es romper la relación de complicidad que une a todos aquellos que están en el juego, es suspender la relación de connivencia, de complacencia y de indulgencia que cada uno concede a cada cual en contrapartida, y que constituye

el fundamento del funcionamiento ordinario de la vida intelectual. Es dedicarse a aparecer como un grosero indecoroso que pretende llevar a la dignidad del discurso culto (o científico), simples habladurías malintencionadas o, peor, un hablador, un fanfarrón o un traidor.

Si el recurso a la citación objetivante es inmediatamente denunciado e indicado, es que lo percibimos como una manera de mostrarlo, de indicarlo. Pero en su caso particular, Kraus muestra a aquellos que normalmente muestran o indican. En términos más universitarios, Kraus objetiva a los detentores del monopolio de la objetivación pública. Hace ver el poder -y el abuso de poder- volteando ese poder contra quien lo ejerce, y esto gracias a una simple estrategia de demostración. Nos hace ver el poder periodístico volteando, contra el poder periodístico, el poder que el periodismo ejerce cotidianamente contra nosotros.

Los periodistas ejercen todos los días este poder de construcción de la constitución de las publicaciones de gran circulación, de la divulgación masiva, ya que tienen la potestad de publicar o no publicar los hechos o los comentarios a ellos dirigidos (hablar de una manifestación o callarse, dar cuenta de una conferencia de prensa o ignorarla, dar cuenta de manera fiel o inexacta, o deformada, favorable o desfavorable), o incluso, en desorden (a granel), por el hecho de poner los títulos o las leyendas, por el hecho de pegar etiquetas profesionales más o menos arbitrarias, por exceso o por omisión (podríamos hablar de los usos de la etiqueta de “filósofo”), por el hecho de constituir como un problema algo que no lo es, o la inversa. Pero pueden ir más allá, impunemente, respecto a perso-

nas, a sus acciones o a sus obras. Podemos decir sin exagerar que tienen el monopolio de la difamación legítima. Aquellos que han sido víctimas de tales difamaciones y que han intentado desmentirlas, saben que no exagero. La citación y el *collage* producen el efecto de voltear contra los periodistas una operación que ellos hacen cotidianamente. Y es una técnica bastante irreprochable puesto que, en cierta forma, no tiene palabra. Dicho esto, no todos los intelectuales y los artistas son aptos para inventar técnicas de este tipo. Uno de los intereses de Kraus es ofrecer una especie de manual del perfecto militante contra la dominación simbólica. Fue uno de los primeros en entender, en la práctica, que existe una forma de violencia simbólica que se ejerce sobre las mentes, manipulando las estructuras cognitivas. Es muy difícil inventar, y sobre todo enseñar las técnicas de *self defense* que hay que movilizar contra la violencia simbólica.

Kraus es también el inventor de una técnica de intervención sociológica. A diferencia de los pseudo-artistas que pretenden hacer “arte sociológico”, cuando no son ni artistas ni sociólogos, Kraus es un artista-sociólogo, en el sentido que él hace actos que son representaciones sociológicas, es decir, “acciones experimentales”, que se orientan a mostrar, a desenmascarar, a desvelar las propiedades o las tendencias escondidas del campo intelectual. Es también el efecto de ciertas coyunturas históricas que llevan a ciertos personajes a traicionar aquello que solamente desvelaban bajo una forma altamente velada, sus actos o sus escritos anteriores (pienso por ejemplo en Heidegger y su discurso del rectorado). Kraus quiere tumbar las máscaras, sin esperar la ayuda de los eventos históricos. Para

eso, hace un llamado a la provocación que lleva al error o al crimen. La virtud de la provocación es que brinda la posibilidad de anticipar, volviendo inmediatamente visible aquello que solo se presente por la intuición o el conocimiento: el hecho de que las sumisiones ordinarias anuncien las sumisiones extraordinarias de situaciones extraordinarias.

Jacques Bouvresse ha hecho alusión a las famosas falsas peticiones, verdaderos happenings sociológicos que permiten verificar leyes sociológicas. Karl Kraus hizo una falsa petición humanista, pacífica, sobre la cual incluyó firmas de gente simpática, verdaderamente pacifista y firmas de antiguos militares recientemente convertidos al pacifismo. (Imagínese un poco lo que sucedería hoy en día con los antiguos revolucionarios de 1968 convertidos al neoliberalismo). Solo los pacifistas protestaron contra la utilización de su nombre, mientras que los otros no dijeron nada, puesto que evidentemente eso les permitía hacer, retrospectivamente, lo que no hicieron cuando debieron haberlo hecho. ¡Es sociología experimental! Kraus despeja una serie de proposiciones sociológicas que son al mismo tiempo proposiciones morales. (Y rechazo aquí la alternativa de descriptivo o prescriptivo). Tenía horror por las buenas causas y de los que sacan provecho de ellas: estar furioso contra aquellos que firman peticiones simbólicamente rentables es un signo, a mi juicio, de salud moral. Denuncia lo que la tradición llama el “fariseísmo”. Por ejemplo, el revolucionarismo de las literaturas oportunistas del cual muestra que no es el equivalente de patriotismo ni de exaltación del sentimiento nacional de otra época. Todo se puede remediar, incluso el vanguardismo y la transgresión, y los intelectuales a los cuales

Kraus parodia evocan ya nuestros “intelectuales de parodia”, como los llama Louis Pinto, para quien la transgresión (fácil, regularmente sexual) es la regla, y todas las formas del conformismo del anticonformismo, del academicismo del anti-academicismo del cual Todo-París mediático-mundano es una especialidad. Tenemos intelectuales lagartones, incluso perversos, semiólogos convertidos en novelistas como Umberto Eco o David Lodge, artistas que ponen en marcha cosas de manera más o menos cínica, procedimientos emanados de obras de vanguardia anteriores, como Philippe Thomas, que hace firmar sus obras por coleccionistas y que será, tarde o temprano, remediado (o secundado), por otro que mandará hacer sus obras por los mismos coleccionistas. Y así hasta el infinito. Kraus denuncia también todos los beneficios intelectuales ligados a los “reenvíos de ascensor” y a los mecanismos de la economía de intercambio intelectual; también demuestra que la regla de “dar-dar” hace imposible toda crítica seria y que los directores de teatro no se atreven a rechazar una pieza de un crítico tan poderoso como Hermann Bahr, que de esta forma pueda llevar sus representaciones a cualquier teatro. Tenemos el equivalente con todos esos críticos literarios que los editores se arrebatan o aquellos a los cuales confían la dirección de colecciones, y yo podría dar ejemplos de “reenvíos de ascensor” increíbles en los cuales los puestos universitarios pueden entrar en juego.

Si evidentemente nos identificamos con Kraus es porque una gran parte de las causas producen los mismos efectos, y porque los fenómenos observados por Kraus tienen un correlato hoy. Es sin duda más difícil saber por qué algunos escri-

tores y artistas de todos los países, sobre todo de lengua alemana, compartimos el gusto por Kraus. Ocupamos una posición y nos gusta algo, quizás ligado a esa posición. Es importante intentar comprender la posición de Kraus en su universo para tratar de entender si hay algo similar u homólogo con respecto a nuestra posición, que nos hace identificarnos con sus tomas de posición. Quizás nos atrape el hecho de que sea un intelectual a la antigua, formado a la antigua (basta tomar en cuenta su alemán, su dicción, etc.) que se siente amenazado por los intelectuales *nouvelle maniere*: es decir, los periodistas que a sus ojos son la encarnación de la sumisión al mercado, etc.; y por otra parte los intelectuales de administración, de administración de guerra, los intelectuales de aparato, los intelectuales de partido, que juegan un rol muy importante en su batalla. Contra él había una alianza de *apparatchiks* y periodistas. Incluso, *mutatis mutandis*, hay muchas analogías con el presente. A lo mejor, como hoy, los límites del campo intelectual y del campo periodístico se estaban desplazando y las relaciones de fuerza entre esos dos campos estaban cambiando, con la ascensión en cantidad y calidad simbólicas de los intelectuales “mercenarios”, directamente sometidos a las obligaciones de la competencia y del comercio.

Así, el hecho de que nos reconozcamos en Kraus está ligado indudablemente a una afinidad de humor. Pero nos podemos interrogar si es necesario o no, para ser un poco “moral”, estar de mal humor, es decir, sentirse mal consigo mismo, con la posición de uno, en cualquier universo en el que uno se encuentre; estar contrariado, pues, chocado o escandalizado incluso por las cosas que todo el

mundo encuentra normales, naturales, y privado en todo caso de los beneficios de la conformidad y el conformismo que hacen fracasar espontáneamente a aquellos que están conformes espontáneamente; si es necesario, en una palabra, tener cierto interés por la moral (que no hay que esconder). Pero la debilidad de Kraus -de todo crítico de humor-, es que no capta bien las estructuras; él ve los efectos, los muestra con el dedo, pero sin comprender, la mayoría de las veces, el principio. Ahora bien, la crítica de los individuos no puede ocupar el lugar de la crítica de las estructuras y los mecanismos (que permiten convertir las malas razones del humor, bueno o malo, en razones razonadas y criticadas del análisis). Dicho esto, el análisis de las estructuras no conduce a los agentes a deshacerse de su libertad. Ellos tienen una pequeñísima parte de libertad que puede ser aumentada por el conocimiento que ellos pueden adquirir a través de los mecanismos en los cuales ellos mismos se encuentran. Es por ello que los periodistas se equivocan cuando tratan el análisis del periodismo como una “crítica” del periodismo, cuando lo que deberían ver es un instrumento indispensable para acceder al conocimiento y a la conciencia de las limitaciones estructurales en las cuales se encuentran, darse pues un poquito más de libertad.

Vemos que la sociología invita a politizar y no a moralizar. Así como ella trae a la luz los efectos de estructura, ella arroja las más grandes dudas sobre la deontología y sobre todas las formas de pseudo-crítica periodística del periodismo, o televisiva sobre la televisión, que no son más que distintas maneras de hacer el audiómetro y de restaurar su buena conciencia, dejando todo en su lu-

gar. De hecho, la sociología invita a los periodistas a encontrar soluciones políticas, es decir a buscar, en el mismo universo, los medios de luchar, con los medios del mismo universo, para dominar los instrumentos de producción y contra todas las limitantes no específicas que se imponen contra ellos. Y esto sabiendo organizarse colectivamente, creando, gracias a Internet, movimientos internacionales de periodistas críticos. Para ser breve, inventando, en lugar de la “deontología” verbal, de la cual se gargarizan ciertos periodistas, una verdadera deontología de acción (o de combate) en y a través de la cual los periodistas denunciarían, al estilo Kraus, en su calidad de periodistas, a los periodistas que destruyen la profesión de periodista.

Karl Kraus²

Por Walter Benjamin

En un viejo grabado se muestra a un mensajero que, gritando y con los cabellos erizados, agitando entre sus manos una hoja llena de guerra y pestilencia, de asesinato y de dolor, de incendios y de hambre, va difundiendo las “últimas noticias”. *Die Fackel* es este tipo de periódico: lleno de terremotos y traiciones, de venenos e incendios en el seno del *mundus intelligibilis*. El odio con que *Die Fackel* persigue al pululante linaje de los periodistas es, más que moral, un odio vital, como el que lanza un antepasado sobre un linaje de enanos degenerados. La propia expresión “opinión pública” produce horror a Kraus. Las opiniones son cosa privada, mientras que al ámbito público solo le interesan los juicios. Este o juzga o no es nada. Pero el sentido de la opinión pública que la prensa

2. Benjamin, W., “Karl Kraus”, en: *Obras*, Abada, Madrid, 2007, libro II, vol. 1, p. 341.

crea consiste en un hacer al ámbito público incapaz de juzgar, sugerirle la actitud del irresponsable, del desinformado. En efecto, ¿qué son las más precisas informaciones de los diarios en comparación con la espeluznante exactitud con que *Die Fackel* expone los hechos jurídicos, lingüísticos y políticos? La opinión pública no tiene por qué prestar atención a lo escrito en *Die Fackel*, pues las sangrantes noticias que da este “periódico” desafían sin duda a las sentencias que emite esa opinión. Y a nadie con más ímpetu que a la misma prensa.

Nota Editorial³

1889

En un tiempo en el que el Imperio austríaco se hunde de un agudo aburrimento tras la solución deseada por el ala radical, en días en los que este país ha estallado en revueltas sociales y políticas de todo tipo, y ante semejante público, que entre la perseverancia y la apatía vive una vida rica en frases, o carente de reflexión, el editor que emprende estas páginas -quien se confiesa, hasta ahora, un exégeta parado sobre un lugar seguro y alejado- lanza un llamamiento a la lucha.

Lo que lo anima no es, para variar, ningún tipo de escisión partidaria, más bien el rol de un especialista de opinión, que en preguntas de política considera a los “salvajes” como los mejores seres humanos, y que desde sus puntos de observación no se deja embaucar por ninguna de las declaraciones provenientes del Parlamento.

Con alegría lleva sobre la frente el odio de la

3. Kraus, Karl: Sin título: F1,1899,1-3.

falta de convicción política -tan “revuelta” como la de alguno de los suyos- y se la ofrece al club de fanáticos y a los idealistas de facción.

El programa político de esta revista, por lo tanto, parece insuficiente. Ningún resonante “Lo que ofrecemos” sino que como eslogan ha elegido un sincero “Lo que matamos”.

Aquí se propone un cambio de pañales al pantano de la fraseología, esa misma que otros quisieran delimitar constantemente como nacional.

Con lengua de fuego -lo que también incluiría a una docena de hablantes de diferentes idiomas- se echan sermones sobre las necesidades sociales, aunque los gobernantes y los partidos desean ante todo -con el cálculo moroso de unos sobre el apasionado fanatismo de los otros- saber resuelta la pregunta de choque de los estudiantes de Praga.

Este fenómeno de dolorosos contrastes que se extiende a lo largo de nuestra vida pública determinará el punto de vista sobre la apreciación de todos los acontecimientos políticos, y es deseable que de vez en cuando lo consiga, para disminuir la sorda seriedad de la fraseología, para reducirle puntualmente el crédito a su incómoda serenidad allí donde comete su obra destructora. Ninguna mirada empañada por los anteojos de un partido puede mostrarle la extrema obviedad de *Mene Mene Tekel*,⁴ cuya amenazadora presencia ilumina de vez en cuando nuestra oscuridad, fortalecida por un altar de velas.

Pero los eruditos de la lengua no saben interpretarlo, y del agotamiento de viejas disputas

4. Original: *Mene Mene Tekel Upharsin*: “Dios ha contado los días de tu reinado y les ha puesto un final” o “contado, contado, pesado, dividido”, del Libro de Daniel, 5.25. [N. de T.]

se enaltecen en otras nuevas. Enceguecidos por la inquietante apariencia, unos señalan el fenómeno chasqueando los dientes, mientras que los otros, sospechando traición a la patria, quieren que solo la lengua alemana valga como idioma del Juicio Final.

Tal vez todo el ajetreo se encuentre en otra parte, en la competencia entre los que sienten orgullo de su madurez y una cultura fuerte y sobresaliente que, dando la bienvenida a la palabra pública, quiere reducirse a una disputa de anfitrión.

Es posible que yo también deba dedicar la esperanza a que este llamamiento a la lucha, que quiere reunir a todos los grupos en el displacer y el acoso, no se extinga sin surtir efecto. Pues quiere reavivar todo el espíritu de oposición que ya esté harto del remilgado tono burocrático, a todos aquellos que con talento y ganas sientan, y estimulen, un resuelto antagonismo con la decadencia de las camarillas en todos los campos; a cada uno que en este inaudible Imperio mal construido no halle la repercusión de cada fenómeno en el receptivo, y particularmente atento, erario público.

El minucioso detalle del corriente de las circunstancias, que trabaja sin descanso para poder sacar a flote al llamado “Espíritu de Época”, emprenderá el seguimiento de los sinuosos caminos de cada ocasión.

Y esto, en lo que se refiere al observador despreocupado, debe ocurrir para poder repartir la culpa de manera equitativa entre el gobierno y los partidos: ministros, que no dañan ley alguna, a saber, la ley de la pereza -costeándose de la manutención del Estado-; diputados, que inquietan la conciencia de cada uno de los otros mediante la “jerga burocrática interna”, y que pelean constantemente por

la inscripción en la etiqueta del patrocinio fantasma de lo estatal, mientras que el pueblo encomienda sus necesidades económicas a la discreción de los sacerdotes, como si se tratara de un secreto de confesión... Por lo tanto, *Die Fackel* quisiera iluminar a un país en el que -a diferencia de cada reino de Carlos V- nunca sale el sol.

Apocalipsis

(Carta abierta al público)⁵

*Al vencedor, le dejaré disfrutar del árbol
de la vida, que está en medio
del Paraíso de mi Dios⁶.*

Según todos los indicios, el 1 de abril de 1909 *Die Fackel* suspenderá su publicación.⁷ Al fin del mundo le pongo como fecha la inauguración de la aviación.

Una demora de ambos eventos por motivos externos no podría cambiar en nada mi derecho a predecirlos y nada en la comprensión de que ambos tienen su origen en la misma desgracia: el febril pro-

5. Kraus, Karl: "Apokalypse (Offener Brief an das Publikum)": F261-62, 1908, 1-14. La carta abierta fue escrita con motivo de los 10 años de publicación de *Die Fackel*.

6. *Nuevo Testamento. El Apocalipsis de San Juan*, cap.2, versículo 7: Ap. 2,7.

7. En realidad, abril de 1909 es la fecha en la que se cumplen los 10 años de publicación de *Die Fackel*. En los números correspondientes a marzo y abril de 1909 no se publican artículos firmados por Kraus sino una selección de aforismos. Hay aquí un juego continuo con las simbologías y el significado de los números en el Apocalipsis: los 10 años, los diez cuernos de la bestia, etcétera. [N. de T.]

greso de la estupidez humana.

Mi religión es creer que el manómetro marca 99. Los gases del estiércol cerebral del mundo atraviesan todo desenlace, a la cultura no le queda respiro y al final yace una humanidad muerta junto a sus grandes obras. Del enorme ingenio que ha empleado en construirlas ya no le queda nada como para seguir utilizándolas.

Fuimos lo suficientemente complicados construyendo máquinas pero somos demasiado primitivos para servirnos de ellas. Llevamos adelante un tráfico mundial por ferrocarriles cerebrales de vías estrechas.

Pero miren, la naturaleza se ha rebelado contra los experimentos -una dimensión que trasciende el abuso de objetivos de la infamia civilizatoria- para darles a entender a los pioneros de la incultura que no solo hay máquinas, sino también tempestades. “Y fue lanzado fuera el gran dragón, que seduce al mundo entero, lanzado sea a la tierra... no fue lo suficientemente poderoso para imponerse un lugar en el cielo”. El aire quiso apestar, pero no dejarse “conquistar”.⁸ Michael peleó con el dragón,⁹ y Michael resistió.

La naturaleza ha triunfado provisoriamente. Pero dará el brazo a torcer prudentemente, concediéndole el triunfo a una humanidad vacía con la realización de su deseo primordial, el de sucumbir.

8. Ap. 12, 9.

9. En alemán “Drache” significa dragón y “Drachen” “cometa”, “barrilete”. Esta sección de la carta abierta al público juega con el doble sentido de “barrilete” y el animal mitológico “dragón” del Apocalipsis de San Juan del Nuevo Testamento. [N. de T.]